

La cambiante identidad de Rusia: en busca de un papel en el siglo XXI

Russia's Changing Identity: In Search of a Role in the 21st Century

Dmitri Trenin

Director del Centro Carnegie de Moscú
dtrenin@carnegie.ru



Resumen:

El artículo recorre los principales momentos en el proceso de la consolidación estatal de Rusia (la unificación en torno al zarato de Moscú; el imperio de Pedro I; la Unión Soviética y su desintegración, y el surgimiento de la Federación de Rusia como Estado), analizando la evolución de sus características como actor en la escena internacional. El autor sugiere que el rasgo unificador en este proceso ha sido la ambición de posicionarse como un actor independiente, con un papel central en el sistema internacional, que no se somete a las órdenes de otros. Asimismo, analiza los retos actuales que Rusia enfrenta en materia de política exterior.



Abstract:

The article addresses the main moments in the process of Russia's state consolidation (the unification around the Tsardom of Moscow; the empire ruled by Peter I; the Soviet Union and its dissolution, and the emergence of the Russian Federation as a state), analyzing the evolution of its features as an actor in the international arena. The author suggests that the unifying trait in this process has been Russia's ambition to showcase itself as an independent actor, with a central role in the international system, and that is not submitted to external orders. It also analyzes the foreign policy challenges currently faced by Russia.



Palabras clave:

Rusia, identidad nacional, estatalidad, política exterior, soberanía.



Key Words:

Russia, national identity, statehood, foreign policy, sovereignty.

La cambiante identidad de Rusia: en busca de un papel en el siglo XXI*

Dmitri Trenin

La posición de Rusia en el sistema global, así como sus relaciones internacionales más importantes, han cambiado rápidamente en los últimos cinco años. Estos cambios han tenido un impacto en la identidad rusa, han alterado sus fronteras, redefinido su sentido de nacionalidad y producido una visión del mundo completamente diferente de la tradición de los tres siglos pasados. Entender la importancia de estos cambios es una necesidad para quienes, como parte creciente de la comunidad global, necesitan lidiar con Rusia.

Identidad

La Federación de Rusia emergió después de la caída de la Unión Soviética en 1991, pero Rusia es un Estado muy antiguo. En los más de mil doscientos cincuenta años de su estatalidad “oficial”, ha cambiado no sólo de nombre, sino de identidad muchas veces, a la vez que ha mantenido algunos de sus rasgos esenciales. Es probable que este proceso continúe en el futuro.

El antiguo Estado ruso, la vieja Rus o el Rus de Kiev —nombre derivado de su ciudad capital— era un país de Europa oriental de múltiples tribus eslavas, gobernado por una familia extendida de príncipes vikingos.

* Artículo originalmente escrito en inglés y traducido al español por Juan F. Ascencio Moctezuma.

Se convirtió en parte del mundo cristiano europeo, su bastión más oriental, tras adoptar el cristianismo del Imperio romano de Oriente (Imperio bizantino) en 988. La “primera” Rusia era eslava, cristiana y europea.

A partir del siglo XII, el Rus de Kiev se fragmentó y no contaba con un centro político. A principios del siglo XIII fue invadido y devastado por los mongoles. La invasión derivó en una división al interior de Rusia. Mientras que sus principados occidentales y sudoccidentales (actualmente Belarús y Ucrania, respectivamente) perdieron su independencia y fueron absorbidos por los países vecinos de Lituania, Polonia y Hungría, los principados nororientales se convirtieron en tributarios del Imperio mongol. Durante un prolongado periodo, Rusia no existió en el sentido político.

El Estado ruso resurgió en el noreste. El pequeño poblado de Moscú, que desde el siglo XIV se convirtió en la sede de los ortodoxos metropolitanos de toda Rusia, empezó a reunir tierras rusas a su alrededor. Primero se estableció como un socio menor de la Horda de Oro y después se rebeló a ésta. Finalmente, en 1480 se liberó por completo del “yugo mongol”. El Estado ruso centralizado que surgió después de un cuarto de milenio de sumisión al imperio asiático era marcadamente ortodoxo, autocrático en una forma oriental, y esencialmente aislado, atrapado entre kanatos musulmanes al este y al sur, y reinos católicos al oeste.

Conforme esta Rusia creció y se fortaleció, desarrolló su propia marca de singularidad; incluso se puede hablar de un excepcionalismo ruso. Como el único Estado ortodoxo independiente, se veía a sí mismo como el heredero legítimo del Imperio bizantino, una “tercera Roma” —después de la misma Roma y de Constantinopla, luego convertida en la actual Estambul. En el siglo XVI, sus gobernantes adoptaron el título de *zar* (césar) y los líderes de su Iglesia se convirtieron en patriarcas, a la par que otros clérigos del mundo ortodoxo. Así, los zares y los patriarcas no aceptaron mayor autoridad en la Tierra, ya sea temporal o espiritual. El zarato de Moscú era esencialmente una entidad política autosustentable, y sus contactos con el mundo exterior eran limitados.

Al inicio del siglo XVII, el fin de una dinastía de 700 años y la resultante inestabilidad interna alentaron a potencias extranjeras, Polonia y Suecia, a invadir y tratar de dominar Rusia. La “época de la inestabilidad”, como se le conoce al periodo de una década, representó un gran trauma, pero el pueblo ruso logró liberarse y fundó una dinastía propia. Sin embargo,

algunos también se dieron cuenta de cuán atrasado estaba su país con respecto a sus vecinos en Europa. Al inicio del siglo XVIII, el zar Pedro I puso a Rusia en el camino de la modernización radical.

El Imperio ruso proclamado por Pedro I tenía una apariencia occidental, simbolizada por su nueva capital, San Petersburgo. Pronto se integró al sistema europeo de Estados como una gran potencia y, después de derrotar a Napoleón en 1812-1815, se convirtió en parte indispensable del concierto de Europa. Reintegró las tierras habitadas por ucranianos y bielorrusos, e hizo a Rusia “entera” de nuevo. El Imperio se extendía del Báltico al Pacífico y del Hindú Kush al Ártico. Poseía Finlandia, Polonia, Alaska y su esfera de influencia alcanzaba Persia, Mongolia y China. En la arena internacional, San Petersburgo se comportaba como un firme defensor de los valores conservadores y la legitimidad de la monarquía.

Pero aun bajo las capas de la monarquía, aristocracia y burocracia europeizadas, Rusia permanecía como un país de campesinos, arraigado a tradiciones antiguas. La brecha entre la elite y el grueso de la población era enorme. El capitalismo se estaba desarrollando muy lentamente; sin embargo, después de que se abolió la servidumbre en 1861, el desarrollo económico y social avanzó muy rápido, socavando formas tradicionales y exacerbando conflictos. En 1917, durante la Primera Guerra Mundial, el antiguo orden fue derrocado por la revolución. Luego de la toma del poder de los bolcheviques liderados por Vladimir Lenin, Rusia se convirtió en un Estado comunista ateo que se veía a sí mismo como puntero en la revolución proletaria mundial. La palabra *Rusia* fue sustituida por un nuevo nombre: la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), concebida como el núcleo de un Estado comunista mundial. Moscú se convirtió en la sede de la Tercera Internacional (o Internacional Comunista).

Disipadas las esperanzas de la revolución mundial, la Unión Soviética se concentró en construir el socialismo en un país, en oposición al resto del mundo, que permaneció capitalista. La vanguardia de la revolución se convirtió en una fortaleza asediada, gobernada despiadadamente por Iósif Stalin. La fortaleza resistió y derrotó la agresión de la Alemania nazi. La victoria en la Segunda Guerra Mundial transformó a la Unión Soviética en una superpotencia mundial, con un poderoso ejército con armas nucleares, una vasta industria, una impresionante capacidad tecnológica y una cultura de alta calidad. Moscú inspiraba el respeto de docenas

de países y veintenas de partidos políticos y movimientos en todos los continentes. Su sistema socialista y su ideología comunista rivalizaban por la primacía mundial con el capitalismo liberal liderado por Estados Unidos.

La URSS de la posguerra representó la cúspide del poder global de Rusia. A mediados de los años ochenta, la Unión Soviética tuvo su primera crisis general. El intento de Mijaíl Gorbachov de reformar el sistema falló. Además, perdió el control de las fuerzas desatadas por el esfuerzo de reforma. En 1991 el pueblo soviético derrumbó el sistema comunista. Pronto, la misma URSS fue disuelta. El principal ímpetu vino de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia, la cual creía que estaba dando a otras partes de la unión más de lo que estaba recibiendo a cambio. El sistema comunista de 74 años y el legado imperial de 500 años fueron descartados simultáneamente.

La Federación de Rusia, la encarnación actual del Estado ruso, comenzó como un país que anhelaba unirse al orden liberal liderado por Estados Unidos. Aspiraba a la integración a Occidente, lo que significaba convertirse en parte del sistema atlántico centrado en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y en parte de la Europa expandida construida en torno a la Unión Europea. Sin embargo, este esfuerzo falló, debido en parte a la negativa del presidente Vladimir Putin y las elites rusas de reconocer el liderazgo de Estados Unidos y ceder su estatus de gran potencia y sus ambiciones globales.

Después del estallido de la crisis de Ucrania en 2014, Rusia se alejó de su ya raída agenda de integración occidental, así como del nostálgico deseo de reintegrar a las antiguas fronteras imperiales/soviéticas a su alrededor. En su lugar, Rusia se redefinió de nueva cuenta como una nación autónoma y esencialmente autosuficiente, posimperial, en medio del macrocontinente de Eurasia. Hoy, Rusia es *sólo* Rusia, ni occidental ni asiática, un país razonablemente grande que promueve y defiende sus intereses nacionales como los ve el liderazgo del Kremlin, y que aboga por la diversidad en el entorno globalizado.

Estatus

Para un país con una posición geopolítica y geoestratégica, y ambiciones como las de Rusia, el estatus siempre ha sido en extremo importante.

El elemento clave y absolutamente indispensable de su estatus ha sido la *independencia*. El Estado ruso moderno emergió después del trauma de la invasión mongola y la lucha de 250 años para liberarse del yugo de los opresores. Rusia opuso gran resistencia a los invasores europeos en las guerras patrióticas de 1812 y de 1941-1945, las cuales condujeron a las derrotas de Napoleón y Hitler, y llevaron a las fuerzas rusas a París y Berlín.

La independencia nacional implica una política exterior soberana. Rusia tiene un amplio registro de sus luchas contra las potencias más poderosas del mundo, ya sea Francia, Alemania o Reino Unido. La actual confrontación de Moscú con Estados Unidos está arraigada, por un lado, en el conflicto entre la visión rusa de lo que constituye su interés nacional y cómo el mundo debe estar organizado, y por el otro, en la ambición de liderazgo global de Estados Unidos y los principios y las reglas de un orden mundial liderado por Washington.

En esencia, Rusia busca un estatus igual al de otras grandes potencias mundiales. Es una cuestión natural para un país cuyo gobernante en el siglo XV rechazó la propuesta del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico de convertirlo en rey, y en su lugar se proclamó heredero de los emperadores bizantinos. Rusia nunca pudo contar con actores externos para proteger su seguridad; sus relaciones con los aliados con los que peleó múltiples guerras se basaron al menos en la igualdad soberana. Estaba complacida de ser una gran potencia entre otros actores principales en Europa y más adelante en el mundo. Si hay algo que Rusia valora más del Sistema de las Naciones Unidas, es su posición como miembro permanente del Consejo de Seguridad con derecho de veto.

En la historia rusa, el periodo soviético destaca por dos políticas derivadas de la ideología comunista que los líderes del país adoptaron y ejercieron. Una, de corta duración, fue convertir al Estado en un vehículo revolucionario de un levantamiento global movido por la ideología. La otra fue buscar alcanzar el dominio global al mismo nivel que su superpotencia rival, Estados Unidos. Ni el capricho por una ideología revolucionaria ni el anhelo de supremacía mundial tienen raíces en la historia rusa; ambos fueron producto de circunstancias únicas y no es probable que regresen.

La marca rusa de excepcionalismo no es mesiánica. Está arraigada en la soledad de un país ortodoxo y su creencia en que posee el don de una verdadera fe religiosa. Ésta se ha fortalecido por la exitosa —aun-

que muy costosa— defensa de la soberanía del Estado y, finalmente, se ha confirmado por el estatus de Rusia como un actor global principal, que se niega a seguir órdenes de nadie.

Fronteras y vecinos

Aun cuando las principales características de Rusia como Estado trascienden las múltiples identidades del país, sus fronteras han cambiando de manera constante. No hay espacio para discutir esos cambios detalladamente en este artículo. Lo que destaca de las dos experiencias de desintegración imperial —en 1917 y 1991— es que en ambas ocasiones fueron las mismas zonas fronterizas las que se separaron del núcleo territorial que coincide aproximadamente con la actual Federación de Rusia. En el primer caso, el transformado imperio soviético logró recuperar la mayoría de los territorios perdidos. En el segundo, las zonas fronterizas convertidas en nuevos Estados sobrevivieron, aunque algunos de ellos perdieron parte del territorio que tenían durante la época soviética.

El núcleo territorial que prácticamente nunca se separó del centro incluye las tierras pobladas por rusos étnicos y pueblos predominantemente túrquicos, ugrofineses y mongoles —tártaros, baskires, yakutos, buriatos y otros grupos más pequeños. Sorprendentemente, las actuales fronteras de la Federación de Rusia son muy similares —aunque con algunas importantes excepciones como Kaliningrado, Crimea, el norte del Cáucaso y el Lejano Oriente— a las fronteras del zarato de Moscú en 1650, antes de la incorporación de Ucrania. Este núcleo territorial estaba rodeado de zonas tapón que separaban a Rusia —o la conectaban— de civilizaciones vecinas: la europea occidental y la islámica.¹ China es la única gran civilización con la que Rusia tiene una frontera directa.

Cuando Rusia, Ucrania y Belarús disolvieron la Unión Soviética en 1991, Moscú reconoció a todas las exrepúblicas soviéticas convertidas en Estados independientes con sus fronteras administrativas de la era so-

¹ Vadim Tsymbursky, “Ostrov Rossiya za sem’ let. Prikluychenya odnoy geopoliticheskoy kontseptsii”, en V. Tsymbursky, *Konyunktury Zemli i Vremeni*, Moscú, Europa, 2011, pp. 32-60.

viética, las cuales a menudo eran delimitadas arbitrariamente por líderes comunistas para que se ajustaran a sus necesidades políticas. En consecuencia, alrededor de veinticinco millones de rusos étnicos —en comparación con la entonces población del país de 147 millones— fueron excluidos de las nuevas fronteras internacionales de Rusia. Esto incluyó a las cerca de dos millones de personas que conformaban el grueso de la población de Crimea, una península que en 1945 había sido transferida de la república rusa a la ucraniana por Nikita Krushchev.

La consecuencia más importante del colapso estatal de 1991 fue la división del núcleo del antiguo Estado ruso y el surgimiento, prácticamente por primera vez en la historia moderna, de un Estado ucraniano y uno bielorruso independientes.² El proceso de separación ruso-ucraniano ha sido particularmente doloroso. Esencialmente, para Rusia resulta intolerable que un Estado ucraniano, cuya independencia reconoció de manera inmediata en 1991, tuviera un gobierno que buscara la integración a la OTAN y a la Unión Europea, limitara el uso del idioma ruso y promoviera activamente la “nacionalización” de la Iglesia ortodoxa rusa en Ucrania. Este régimen, que llegó en 2014 como resultado de la “revolución de la dignidad”, a la que Moscú catalogó como un golpe de Estado, condujo a que Rusia tomara la Península de Crimea y apoyara materialmente a los separatistas en Donetsk.³ Éste fue el primer caso desde 1945, en que Rusia se anexó territorio, lo cual generó conmoción en toda la antigua Unión Soviética, Europa y el mundo.

La crisis de Ucrania generó una nueva confrontación entre Rusia y Estados Unidos, y su aislamiento de la Unión Europea. El cese al fue-

² Belarús y Ucrania, al igual que Rusia, acertadamente consideran al Rus de Kiev como una fuente común de estatalidad. En los siglos XIV y XV el elemento bielorruso era muy marcado en el Gran Ducado de Lituania; en el siglo XVII los cosacos ucranianos tenían su propia organización militar y territorial. Después de la Revolución de 1917, varios Estados efímeros fueron proclamados en Ucrania y Belarús; con el tiempo, los bolcheviques establecieron las repúblicas soviéticas ucraniana y bielorrusa. Éstas, junto con Rusia, constituyeron la Unión Soviética en 1922. Tanto Belarús como Ucrania se convirtieron, por insistencia de Stalin, en miembros fundadores de las Naciones Unidas.

³ Inicialmente Moscú apoyaba la creación de un Estado mucho más grande de ucranianos rusoparlantes, llamado *Novorossija* (Nueva Rusia) y que se extendía desde Járkov en el oriente a Odesa en el sur. Sin embargo, este plan se disipó en algunas semanas.

go en Donetsk, acordado en 2015, se viola de manera rutinaria, pero, por ahora, no se ha reanudado la confrontación a gran escala. Los Acuerdos de Minsk, mediados por Europa, que buscan garantizar que el conflicto no escale, no se han instrumentado y es poco probable que se cumplan, puesto que sus términos son más favorables para Rusia. Ucrania no tiene intención de cumplir con sus obligaciones establecidas en el marco del acuerdo, ya que son anatema para los nacionalistas ucranianos. Los defensores occidentales de Kiev, liderados por Estados Unidos, evidentemente no presionarán a Ucrania para que haga concesiones a Rusia, adversaria de Washington.

Asimismo, esta crisis reavivó el miedo hacia Rusia en los tres pequeños Estados bálticos: Estonia, Letonia y Lituania. A estas exprovincias del Imperio ruso anexadas por Stalin en 1940 y convertidas en repúblicas soviéticas se les permitió salir de la Unión Soviética, sin restricciones, tres meses antes de la disolución formal de la URSS. Sus fronteras, que datan de la época soviética, han sido confirmadas en tratados firmados por Moscú. El principal motivo de irritación en las relaciones de Estonia y Letonia con Rusia después de la disolución de la Unión Soviética ha sido el estatus de considerables poblaciones locales, étnicamente rusas, que no recibieron en automático los derechos de ciudadanía cuando estas repúblicas obtuvieron su independencia.⁴ Los actuales temores de los países bálticos y de Polonia de una invasión y ocupación rusa reflejan su atribulada historia y no las realidades existentes; sin embargo, la “agresión rusa en contra de los Estados del Báltico” se ha convertido en una narrativa popular y un grito de guerra al interior de la OTAN.

Belarús, más cercana a Rusia étnica y culturalmente, con la que formó un “Estado común” desde 1999, de manera gradual se ha estado moviendo hacia una posición más independiente con respecto a Moscú. El liderazgo bielorruso y gran parte de la elite ve a su país como esencialmente europeo y como una especie de intermediario entre la Unión Europea y Rusia. El liderazgo bielorruso también mantiene relaciones amistosas con Ucrania, en la actualidad virulentamente antirrusa. Sin embargo,

⁴ Lituania, donde la proporción de rusos locales era mucho menor que en los otros dos países, otorgó la ciudadanía a todos sus residentes al obtener su independencia.

el malabarismo de Minsk tiene que ser cuidadoso y delicado. De manera estratégica, Belarús se ubica en la principal ruta histórica seguida por los invasores europeos que atacaron Rusia. En la actual atmósfera de confrontación entre Rusia, por un lado, y Estados Unidos y la OTAN, por el otro, Moscú muestra escepticismo ante cualquier señal de neutralidad de parte de su nominal aliado bielorruso.

Georgia entró en conflicto militar con Rusia incluso antes que Ucrania. Aun cuando esa república se separó de la Unión Soviética, sus dos provincias autónomas y étnicamente distintas, Abjasia y Osetia del Sur, se separaron. El deseo de Tiflis de integrarse a la OTAN y el apoyo oficial de Estados Unidos a esta intención exacerbaron las tensiones con Moscú, que había estado apoyando a los separatistas de Abjasia y Osetia del Sur. En 2008, un intento del presidente de Georgia por restaurar la soberanía de Tiflis sobre Osetia del Sur mediante la fuerza derivó en una breve guerra con Rusia. Esta última derrotó a las fuerzas georgianas y reconoció formalmente la independencia de las dos provincias. Se trató de la primera guerra de Rusia contra un vecino exsoviético y el primer reconocimiento de un cambio en las fronteras en el espacio postsoviético. En la década presente, Georgia ha reafirmado sus políticas de integración a Occidente y sus relaciones políticas con Rusia han permanecido congeladas, pero el comercio y los contactos de personas entre los dos países están prosperando de nuevo, y la situación a lo largo de las fronteras *de facto* entre Georgia y Rusia, incluyendo las líneas patrulladas por Rusia en Abjasia y Osetia del Sur, permanece en calma.

Moldavia, al igual que Georgia, ha experimentado su propia cuota de separatismo postsoviético. Al abandonar la Unión Soviética, una parte de ella, con una población mixta moldava, ucraniana y rusa, formó su propio pequeño Estado en Transnistria. Desde 1992, Rusia ha mantenido un reducido contingente para mantener la paz en la región y ha apoyado financieramente al territorio separatista, a la vez que ha reconocido formalmente la unidad de Moldavia y de manera periódica participa en un diálogo para su reunificación. Por su parte, los sucesivos gobiernos moldavos han buscado una política encaminada a la integración con la Unión Europea y exigen el retiro de las fuerzas militares rusas de Transnistria. Mientras tanto, la opinión pública en Moldavia permanece más o menos dividida entre los que se inclinan hacia Europa —incluyendo la fraternal Rumania— y los que se inclinan hacia Rusia.

La frontera más larga de Rusia —cerca de siete mil kilómetros— es con Kazajistán, el país postsoviético más grande después de Rusia. La frontera es dos veces más larga que la frontera entre Rusia y China, y es también la más larga del mundo. Kazajistán es socio de Rusia en la Unión Económica Euroasiática (UEE) y un aliado en temas de seguridad en el marco de la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC). Las relaciones entre ambos han sido estables desde la disolución de la Unión Soviética. No obstante, dado que el país cuenta con una considerable población étnica rusa, principalmente en ciudades a lo largo de la frontera con Rusia, y a que Putin hizo un comentario desplacante respecto a que antes de 1991, el territorio de Kazajistán no tenía un Estado, el liderazgo kazajo se ha preocupado, tras la crisis de Crimea, de un potencial irredentismo ruso. Sin embargo, las relaciones entre Moscú y Almaty han sido generalmente apacibles y cooperativas desde entonces. De mayoría musulmana, pero eminentemente secular, Kazajistán sirve como un amortiguador para Rusia, protegiéndola de las exrepúblicas soviéticas de Asia Central en las que el islam radical es más influyente.

Expuesto lo anterior, los intentos de Moscú de reintegrar a las exrepúblicas —primero dentro de la Comunidad de Estados Independientes (CEI),⁵ después mediante la OTSC⁶ y ahora con la UEE⁷— han tenido un éxito limitado. La CEI se convirtió en un mecanismo de desintegración posimperial y consolidación nacional; la OTSC es esencialmente un acuerdo de cooperación en seguridad, no una alianza político-militar, y la UEE es esencialmente una unión aduanera. El plan del presidente Putin, anunciado en 2011, de crear un convenio político, económico y militar, una Unión Euroasiática de pleno derecho, que uniera a la mayor parte de la antigua Unión Soviética, resultó ser un fracaso. Es poco probable que se realice un esfuerzo similar en el futuro: las antiguas fronteras continúan distanciándose, mientras que Rusia está descubriendo su propia versión de nacionalismo posimperial.

⁵ La CEI, el grupo más amplio y flexible, actualmente incluye a Armenia, Azerbaiyán, Belarús, Kazajistán, Kirguistán, Moldavia, Rusia, Tayikistán y Uzbekistán. Ucrania todavía es miembro, pero sólo *de jure*.

⁶ Los miembros de la OTSC son Armenia, Belarús, Kazajistán, Kirguistán, Rusia y Tayikistán.

⁷ La UEE es el bloque más reducido; une a Armenia, Belarús, Kazajistán, Kirguistán y Rusia.

Nación

Desde al menos la mitad del siglo XVI, cuando el kanato turco-musulmán de Kazán fue conquistado y anexado al Estado ruso, los rusos han evolucionado como una comunidad imperial. Las poblaciones añadidas al zarato de Moscú y al Imperio ruso, no se diga la Unión Soviética, eran usualmente tratadas como parte de la unidad política imperial en expansión. Las diferencias que existieron se relacionaban principalmente con clase y estatus y no con etnicidad o religión. Las elites locales se convirtieron en parte de la elite imperial, las clases marginadas se unieron a las clases marginadas rusas, pero todos era iguales ante el zar, emperador y posteriormente el partido. Hubo importantes excepciones a esta política general. Bajo el Imperio ruso, los judíos fueron confinados a sus comunidades dentro de la zona de asentamiento. Los musulmanes eran en gran medida excluidos del servicio militar. Los fineses tenían su constitución y gobierno local efectivo. Los polacos, que inicialmente tenían privilegios similares, los perdieron como castigo por sus levantamientos antirrusos. En los tiempos de Stalin, muchos grupos étnicos, incluyendo los chechenos y los tártaros de Crimea, fueron enviados al exilio externo por la deslealtad de algunos de sus integrantes durante la Segunda Guerra Mundial.

La naturaleza imperial del Estado ruso no hizo énfasis en el elemento étnico ruso. Los rusos —término que hasta 1917 incluía a todos los eslavos orientales: bielorrusos (literalmente “rusos blancos”), ucranianos (entonces llamados “pequeños rusos”) y los rusos propiamente dichos (oficialmente “grandes rusos”) — eran la mayoría absoluta en el Imperio y no se sentían amenazados. En los años veinte y treinta del siglo XX, la Unión Soviética implementó, inicialmente, una suerte de acción afirmativa, en la que dio prioridad a los idiomas étnicos y a las culturas en las zonas fronterizas convertidas en repúblicas, mientras que, en su afán antiimperialista, quitaba énfasis a la herencia rusa, que era vista como una amenaza potencial a la nueva ideología comunista. Lenin y después Stalin (un georgiano étnico) veían al nacionalismo ruso con mucha sospecha. Considerando a un Estado ruso separado —inclusive uno simbólico— dentro de la URSS, que potencialmente podría resultar en menoscabo de la centralidad del sistema comunista, Stalin no permitió la organización de un partido comunista en Rusia (otros, en Ucrania o Uzbekistán,

sí fueron organizados) y no fue propuesta para una membresía fundadora de la ONU, a diferencia de Ucrania y Belarús, etcétera. No obstante, con el tiempo, la insatisfacción de las elites rusas respecto a los términos de las relaciones con el resto de la Unión Soviética emergió como el factor más importante que condujo a la desaparición de ésta.

Los rusos étnicos constituyen, después de la disolución de la URSS, cerca del ochenta por ciento de la población del país, lo cual les proporciona una sensación de seguridad. La población musulmana de Rusia es nativa, a diferencia de las comunidades musulmanas en Europa occidental. Kazán, Astracán, Siberia occidental y Crimea eran kanatos musulmanes que fueron anexados en forma progresiva al Estado ruso; sus habitantes fueron integrados, pero no completamente rusificados. Han mantenido su religión, sus idiomas, sus costumbres y estilos de vida; han permanecido en el territorio que correspondía a su región étnica, pero han tenido que coexistir con los colonos rusos recién llegados. La Unión Soviética otorgó autonomía territorial a esta población musulmana. La conquista rusa del norte del Cáucaso en el siglo XIX extendió el dominio imperial sobre docenas de pequeños grupos, cuya integración resultó más difícil. Después de las guerras de Chechenia en los años noventa y el 2000, la mayoría de los rusos étnicos abandonó la región, dejando a la población nativa prácticamente sola en sus naciones con estatus de república dentro de Rusia. Por supuesto, la Federación de Rusia tiene el control decisivo de la región, a la cual tiene que subsidiar y vigilar en forma constante, con el objetivo particular de combatir el terrorismo y el extremismo.

La ley rusa considera el islam, junto con el cristianismo ortodoxo, el budismo y el judaísmo, como una de las religiones originales del país y garantiza sus derechos y privilegios. Las repúblicas de mayoría musulmana establecen las festividades musulmanas como días feriados; los musulmanes rusos hacen el peregrinaje a La Meca, y hay apoyo oficial a la enseñanza religiosa y al desarrollo de la teología islámica, con el objetivo de no depender de centros de aprendizaje y educación de Medio Oriente. Los líderes musulmanes seculares de varias repúblicas rusas —como Ramzán Kadyrov de Chechenia— se han convertido en enviados de Rusia al mundo musulmán; de ahí que Rusia se integrara a la Organización de la Conferencia Islámica como un observador. Incluso, las

guerras en Afganistán, Tayikistán, Chechenia y ahora Siria no han puesto al grueso de la población musulmana en contra de Moscú. Sin embargo, aun después de la pacificación, restauración y rehabilitación de Chechenia, el problema del radicalismo islamista, extremismo y terrorismo no ha desaparecido. De hecho, una de las razones para la intervención militar en Siria en 2015 fue que miles de musulmanes rusos se unieron al auto-denominado Estado Islámico.

Los musulmanes no nativos que van a Rusia como trabajadores migrantes conforman una historia distinta. Son mayoritariamente tayikos, uzbekos, kirguizos y, de forma distinta, azerís. Al ser ciudadanos de países de la CEI, no requieren de visa para ingresar a Rusia. Sin embargo, muchos permanecen más de lo legalmente permitido y son tratados como migrantes ilegales;⁸ se les ocupa principalmente como empleados no calificados y en distintos trabajos menores, lo que crea tensiones. Muchos rusos étnicos y otros ciudadanos rusos están inconformes con el influjo de personas cuya cultura es notoriamente diferente, que a menudo sólo hablan un ruso básico y a los que algunas veces se les teme como si fueran ayudantes de terroristas. Por otra parte, estos migrantes con frecuencia son maltratados por sus empleadores, viven en condiciones precarias, prácticamente sin gozo de derechos y bajo constante temor de ser deportados. A pesar de ello, Rusia ha conseguido evitar alteraciones significativas ligadas al problema migratorio. Los migrantes que quieren integrarse usualmente son bienvenidos en la multiétnica sociedad rusa.

El futuro

A casi tres décadas de la caída de la URSS está emergiendo una Rusia que por vez primera es mayormente rusa, no sólo étnica y religiosamente, sino geopolíticamente. No tiene un imperio que mantener o recuperar. Asimismo, ya no busca convertirse en “parte de Europa” y no es aceptada por los europeos como tal. Europa es ahora la vecina oc-

⁸ El número de migrantes ilegales se ha llegado a estimar hasta en diez millones, lo que podría parecer una exageración, pero, ciertamente, son millones.

cidental de Rusia, en lugar de un modelo como lo había sido desde los tiempos de Pedro I, o un mentor, como la Unión Europea intentó ser en tiempos recientes. Al estar bajo sanciones occidentales, Rusia no está adoptando el aislamiento político o la autarquía económica, sino redefiniendo su posición y papel en el mundo.

Rusia no es un país ni occidental ni oriental. Es septentrional y ocupa en gran medida las áreas del norte del megacontinente extendido de Eurasia, que abarca de la Península Ibérica a Chukotka. Allí, no es una potencia núcleo o central, sino el país con la mayor cantidad de fronteras físicas. De hecho, comparte fronteras tanto con Noruega como con Corea del Norte. Además de una frontera occidental con Europa, tiene una larga frontera con China en el sudeste, una todavía más larga con el mundo musulmán en el sur y la sección más larga de la costa ártica en el norte. A través de estrechos relativamente angostos, Rusia es vecina de Estados Unidos y Japón. El Mar Negro la conecta con Turquía y el Caspio con Irán. India no está muy lejos tampoco.

Esto no sólo les permite a los líderes rusos, sino que en realidad los obliga, a desarrollar una visión de 360 grados. En lugar de, como anteriormente, hacer frente a Europa y Estados Unidos dando la espalda a Asia, Rusia puede imaginarse sentada en una especie de silla giratoria atendiendo las oportunidades y los retos conforme surgen en su perímetro de 600 000 kilómetros de fronteras y costas. En un mundo que, para Rusia, ofrece sólo integración a nivel global —que es también el único que está lista a aceptar—, es libre para perseguir sus intereses como un actor independiente de clase mundial, una verdadera Rusia global.

Las políticas de Moscú en Medio Oriente pueden verdaderamente convertirse en un crisol del patrón emergente de la política exterior rusa en el siglo XXI. En ella, Moscú no tiene aliados formales permanentes, sino que está lista para cooperar con aquellos cuyos intereses en cierta área y por un periodo de tiempo determinado coincidan con los de la Federación de Rusia. Ninguno de los aliados —Damasco, Ankara, Teherán y Hezbolá— recibe el compromiso de Rusia en un cien por ciento, ni tampoco lo otorga de su parte. Todas las relaciones son transaccionales y basadas en intereses. Una actitud similar existe hacia todos los adversarios, con las obvias excepciones del Estado Islámico y Al Qaeda. Arabia Saudita y Qatar estuvieron en el lado contrario en la guerra

en Siria, pero esto no impidió que Rusia desarrollara y profundizara sus relaciones con Riad y Doha. Ankara fue primero una socia, después una adversaria cuando derribaron un bombardero ruso y, finalmente, arrepentida y perdonada, se convirtió en una socia más cercana de Moscú. Lo que es todavía más impactante es la habilidad de Rusia para negociar de manera efectiva y simultánea con actores que se consideran entre sí como enemigos acérrimos: Israel e Irán. Esta capacidad debe ser útil para Moscú al involucrarse más profundamente en relaciones problemáticas en Asia: Japón y China, China e India, India y Pakistán, etcétera. Probablemente la tarea más importante para la política exterior de Moscú es manejar con éxito, en el largo plazo, la cada vez más asimétrica relación con Beijing.

En contraste, la dimensión occidental de la política exterior de Rusia muy probablemente seguirá tensa. La “guerra híbrida” con Estados Unidos posiblemente continuará y se intensificará. El único tema real en la agenda Estados Unidos-Rusia en el futuro próximo es la prevención de un enfrentamiento militar directo entre las dos potencias y la escalada de los conflictos en los que están apoyando a bandos contrarios, como en Ucrania y Siria. El aislamiento de Europa es otro factor a largo plazo. En la actualidad hay pocos asuntos tratados entre la Unión Europea y Rusia más allá de los negocios. Más cerca geográficamente, es probable que las dificultades con Ucrania persistan por décadas, si no es que por generaciones. A juicio de la política exterior de Moscú, el futuro posicionamiento de Belarús como un intermediario entre Rusia y Europa se está convirtiendo en un reto, que no será fácil debido a que prácticamente toda la frontera occidental de Rusia, desde Noruega hasta Ucrania, se ha convertido en una nueva línea de enfrentamiento militar entre Rusia y los países de la OTAN y sus socios y protegidos.